ALFONSO CANALES

PORT-ROYAL

Introducción de
Gabriel Albiac

LOS LIBROS *DE LA* ACADEMIA

PORT-ROYAL

Edición conmemorativa del
I centenario de Alfonso Canales
y el IV de Blaise Pascal

ALFONSO CANALES

PORT-ROYAL

Presentación de
José Manuel Cabra de Luna

Introducción de
Gabriel Albiac

Edición al cuidado de
Francisco Ruiz Noguera
José Infante

LOS LIBROS *DE LA* ACADEMIA

REAL ACADEMIA
DE BELLAS ARTES DE SAN TELMO
MÁLAGA

EDICIÓN DE:
Real Academia de Bellas Artes
de San Telmo de Málaga

© De esta edición:
Real Academia de Bellas Artes
de San Telmo de Málaga, 2023

© De los textos:
Herederos de Alfonso Canales
Sus autores

DISEÑO Y MAQUETACIÓN
Fran Barrionuevo

IMPRIME
Gráficas Urania

ISBN: 978-84-09-55678-6
DEPÓSITO LEGAL: MA 1473-2023

PORT-ROYAL, EL POETA Y EL FILÓSOFO

JOSÉ MANUEL CABRA DE LUNA
Presidente de la Real Academia
de Bellas Artes de San Telmo

Septiembre de 1952. El poeta estaba a punto de cumplir treinta años y ansiaba visitar un lugar que ya no era, Port–Royal des Champs. Un lugar impregnado del espíritu de Agustín, el de Tagaste; de Jansenius y sobre todo, de Blas Pascal. Luis XIV, en 1709, temeroso de que el rigor de aquellas creencias se constituyera en una peligrosa puerta hacia la libertad, dictó una terrible orden: *Pasaremos el arado por donde estuvo Port–Royal*.

El poeta desea sentir, porque ver no puede, el eco de tanta lucha del espíritu, desea evocar aquella exigencia moral como posiblemente el mundo cristiano nunca volvió a albergar. Mas todo se ha transformado ya en un inmenso vacío, tan plenamente hondo que se ha tornado incapaz para ser habitado siquiera sea por el recuerdo. La voz de la poesía, certera y memorable, acierta, en su parquedad, a nombrarlo:

Nada, nada, absolutamente nada.

Impactado por lo que ha sentido pero no ha podido ver, el poeta, Alfonso Canales, siente en su mano

aflorarle unos versos. Nace así el primer canto. Pasarán años hasta que se alumbren los catorce restantes que completarán el gran poema.

El poeta ama a San Agustín, admira la grandeza de su espíritu y su fortaleza de alma que crece y crece conforme se adentra en su magna obra, lee a Jansenius y concluye entregándose a los pensamientos de Pascal. Por eso acude a Port-Royal, para hacerse uno con la lucha espiritual que allí se libró. A ella entregará su vida en adelante.

Unos treinta años después el filósofo Gabriel Albiac atraído por la grandeza de la figura de Pascal escribe una breve pero seminal y no prescindible biografía, que da a la imprenta en 1981. Tenía la misma edad que el poeta cuando hizo aquella lejana visita. La vida de Blas Pascal, ese atractivo personaje, es muy corta, no alcanza los cuarenta años, pero en su brevedad abruma cuánto fue capaz de hacer y cómo su inteligencia podía ir desde un extraordinario tratado sobre las cónicas, hasta su descubrimiento sobre la pesadez del aire, que sirviera para (de un suave manotazo) refundar buena parte de la física tal como se le conocía entonces, pasando por una máquina de calcular, que tanto trabajo ahorrara a su padre en su tarea de recaudador.

Pero llegó la noche del 23 de noviembre de 1654 y todo cambió. Es en esas oscuridades que nos habitan cuando finaliza el día donde tiene lugar el gran destello: *la conversión*. Desde entonces ve cómo la ciencia se le va diluyendo y deja de ser el sustento, el conocimiento en que se fundamente su vivir. Llega el anonadamiento a su

espíritu, que se vacía y se va reduciendo a la nada más profunda. El saber se transforma en saber de Dios, del Dios absoluto que aquella noche sintió hasta hacerse su única raíz. Es lo que ansía.

El filósofo, pasados muchos años, en 2018 publicó uno de los más rigurosos trabajos que se hayan realizado sobre la inclasificable obra de Pascal conocida como los *Pensamientos*. No hay, en español, una obra igual; queremos decir tan exhaustiva, tan rigurosamente estudiada y editada, tan bella y sabiamente traducida. Para el lector hispanohablante la obra, desde su aparición, se instala en el anaquel pascaliano como canónica.

Y se da la circunstancia de que tanto el poeta como el filósofo, durante mucho tiempo, vivieron bajo el mismo cielo de este Sur amable y desde él se sintieron atraídos por esta grande, inmensa figura que fue Pascal.

La Real Academia de Bellas Artes de San Telmo se honra en publicar esta edición del poema *Port-Royal*, de Alfonso Canales para conmemorar el centenario de su nacimiento, así como el cuarto centenario del de Pascal. Y gracias a su extraordinaria generosidad, con un bellísimo y muy hondo prefacio del filósofo Gabriel Albiac. Una ocasión única, amable lector, como tendrás ocasión de ver.

Introducción

DIOS EN EL DESIERTO

GABRIEL ALBIAC

«¿Es así, Señor, es así tu tristeza?»[1]

Port-Royal es un prado. Vacío. Podría, tal vez, escribir que ahora afeado por la innecesaria capilla neogótica, que quiso alzar allí, en el siglo XIX, una fechada piedad historicista: esto es, una impiedad. Pero eso nada importa. No es eso lo que ve el viajero. Ha llegado hasta ahí, desde muy lejos, para plantarse ante el vacío verde que contaminan sólo las tenues oscilaciones de la luz, que es gris y cárdena, de un cielo encapotado. Hierba y nubes, componiendo una excesiva figura poética. El palomar en una esquina del recuadro. Nada. Y el Dios, que esa nada invoca, comparece.

Port-Royal es un poema en quince cantos. Revelado por la irrupción de la luz en un atardecer del «mes de septiembre de 1952» sobre la vacía pradera en donde estuvo un monasterio con cuya destrucción cerró el Rey Sol un ciclo que, tal vez, él soñó eterno: *Nous passerons la charrue où était Port-Royal.* «Pasaremos

1 Alfonso Canales: *Port-Royal (1956-1968)*, Canto I.

el arado en donde estuvo Port-Royal». Quince cantos, cuya escritura inició sólo Alfonso Canales cuatro años después de que su revelación lo hiriera. Y cuya conclusión fecha tras doce más: 1968. Cifrando la clave de lo visto en dos versos que estremecen al hombre —a todo hombre— que ha surcado ya una vida. Y nada espera. «Nada, nada, absolutamente nada»[2]. Salvo, tal vez, el don de no haber herido, por el solo vivir, a todo lo cruzado en su camino. A todo: a esa nada que es todo y en la cual, un día lejano, el gris de zinc que difractaban las nubes sobre un limpio prado verde, pudo aparecerle como el verdadero nombre de Dios. A ese todo —esto es, a esa nada— que puso el paraíso. Y, con él, el infierno, todos los infiernos, cuyos frutos aniquilan al famélico animal hablante, el que no puede pasar de largo ante esos frutos que alguien —¿todo, nada? — le ha dictado que no, que «no se comen»[3]; se padecen sólo. «Mas yo los he mordido, y me tiendo, y aguardo…»[4].

Y un desasosiego teológico quiebra lo que tal vez quiso ser conclusión serena del poeta:

> ¿Es así, Señor, es así tu alegría?[5]

A un preguntar que se sabe sin respuesta, llaman los hombres angustia. En Port-Royal, era el nombre de Dios.

---

2 Canto I.

3 Canto XV.

4 Canto XV.

5 Canto XV.

Porque Dios —Pascal deja caer el enigma como aquel que sopesa una evidencia—, «Dios no nos debe nada». Respuestas, aún menos.

•

El viajero que llega a La Chevreuse —a mí me habría de suceder igual, dos decenios más tarde— sabe lo que va a ver: lo que ha leído en los tres volúmenes de un erudito infalible, en la edición de la Pléiade, que carga dentro de su, por lo demás tan escueta, mochila. Es el «viaje habitual», que precede al verdadero viaje y le hace obstáculo. Hasta que algo, en ese paisaje, cuyo nombre de entrada no atisba, lo saque de su engaño:

> Pero no puedo sumergirme de nuevo
> en el viaje habitual. Yo vine
> tan sólo para dar una viñeta
> a mi recuerdo de Sainte-Beuve, tan sólo
> por ver en dónde se cocieron tantas
> secretas y dulcísimas tormentas.
> Mas algo hay en esas ramas torpes,
> ángeles escondidos, tal vez agazapados.[6]

Y sólo tiempo más tarde, mucho tiempo más tarde, acertará el viajero a ir sabiendo que ese saber antes de ver fue lo que le impidió ver nada: siempre sucede así a los hombres. A mí, me llevó una vida: nunca volví al prado de La Chevreuse por eso. Y es casi ya de medio

6 Canto III.

siglo este mi empecinarme en que la escritura aflore lo que, por haberlo sabido, no supe ver cuando lo tuve ante mis ojos. Con paciencia, el filósofo se resigna a la tarea de ir recuperando escombros, de ir sacando a flote guijarros que no sabe —¿no sabrá? — si fueron obra del hombre o del rayo.

Pero, ¿el poeta…? Poeta es tan sólo el que ve, es el vidente: quien ve lo que nadie ha visto. Y lo ve, ha de verlo, en aquello que todos han visto, han creído ver. Y es la suya una fulguración que no sabe de excavaciones ni de arqueologías:

Si miro al fondo del valle,
sólo veo arbustos preparados para un largo viaje:
casi un mundo en el que se dijera que la oración aún
[no había nacido.
Si miro en el fondo de mí mismo,
sólo veo recuerdos amontonados como gusanos que
[trémulamente se agitaran:
casi un mundo en el que se dijera que la oración había
[muerto para siempre.
Y, sin embargo, Dios mío, te siento
apostado en las colinas,
rondando la cerca,
como otro perro, rondando la cerca, anhelando entrar,
anhelando escarbar en este huerto sembrado de corazones,
estrechar el lomo contra el tronco de este álamo, en
[los nervios de una de cuyas
[hojas he podido leer:

Un jour Dieu cessera d'inspirer les oracles.[7]

Y, en efecto, nada nos revela tu palabra, Dios mío.[8]

•

El poeta ve. Y debe escribir eso. Sólo. Mas sabe que no es seguro que le sea dado hacerlo, que le sea otorgado dar, en el orden prolijo de la sintaxis —esa formación de batalla—, lo que a sus ojos concurrió como uno armónico. La sintaxis impone orden en el tiempo: la eternidad excluye a Dios de sus secuencias. «Y si el tiempo no es Dios», se maravilla y nos maravilla Canales, «¿quién se mueve en el tiempo?»[9]. En el tiempo que es nuestra sola materia. También la de nuestra lengua. Por eso el Dios es inefable: aun para el poeta que debe decirlo. Dios, Nada, jabalinas de luz platino sobre esa hierba súbitamente congelada en lo eterno. Sólo en eso inefable, ve fe. Porque «no creemos sino en lo que perdura»[10].

Un Dios, Dios de Pascal, Dios de las monjas y de los solitarios que[11] aquí se reunían, un Dios que nada debe a los humanos. Pero que —paradoja—, decimos, se cuida de ellos y aun en su pena naufraga. Y que nada —es lo esencial ahora— debe al poeta, en cuya cercanía va, no obstante, a naufragar. Ése es el Único que habita el prado, su discontinua luz de azul y grises, aguamarina y estaño.

---

7 «Un día Dios dejará de inspirar los oráculos». El verso que cita Canales pertenece al poema de Jean Racine: «À la louange de la Charité».

8 Canto I.

9 Canto IX.

10 Canto XV.

11 Canto I.

El prado. Aquí fue Port-Royal. Aquí es eternamente. Porque el lugar que un día habita un Dios lo habita para siempre. Aterrador Midas, Dios contamina de eternidad todo aquello a lo cual se acerca. Él. A ello. Porque a Él ningún ello podría acercársele: el infinito excluye cercanía. Y, sin embargo, «hubo un tiempo»..., un tiempo del absoluto aquí, un tiempo en el que Dios era esto: el prado, la luz de estaño, el cielo azul y movedizo, las sombras que nunca pasan... Esto que es ahora tan sólo ausencia.

Y la fulguración del Dios inmóvil atraviesa a Canales, en ese «amanecer» en el que le es revelada la mentira del tiempo. E idénticos, en este tiempo sin tiempo, son Jacob y la infancia del poeta que ahora resuena en la memoria del niño que fue, del que no existe en él por más que sea invocado. Puede ser que en Dios sí. Y no hay otro consuelo, salvo el de extinguirse:

> Pero amanece,
> y Jacob despierta,
> y no son sombras; yo, soy yo quien sube
> por la escala del tiempo. Me remonto
> a la niñez gloriosa, a la ribera
> donde, ni en cuadrilla
> ni en soledad, ansío
> encerrar en un breve
> pozo de agua, el designio
> y la Palabra: soy
> de nuevo un niño, y alzo con arena
> —con instantes, con días— un castillo
> interior, una morada
> de paz, con su corona de guijas y de conchas.

Y ahora espero
que el sol la habite, que las olas
de Dios me la destruyan.[12]

•

El infinito es un bello teorema matemático. Y el hombre, apenas una incógnita a despejar en él. Pero, ¿la matemática…? Pascal, que habitó aquí, en la cercanía de la reja, al otro lado de la cual borraba el mundo aquella hermana pequeña que fue más él que él mismo, Jacqueline en el mundo, Sor Sainte-Euphémie en la clausura del convento, Pascal, Blaise, sabía que esa matemática, en la cual fue maestro casi monstruoso desde niño, era un juego. Sólo. Y en la carta que dirige al otro matemático al cual juzga su único igual en este juego, Pierre Fermat, lo deja caer con la naturalidad que exige lo más trágico:

> Para hablaros con franqueza de la geometría, júzgola el más alto ejercicio del ingenio; mas, al mismo tiempo, la sé tan inútil que poca diferencia hago entre un hombre que no es más que un geómetra y un hábil artesano. La llamo, así, el más bello oficio del mundo; pero, a fin de cuentas, nada más que un oficio; y digo con frecuencia que es buena para hacer ejercicio, pero no para ocupar en ella nuestra fuerza: de modo que no daría yo dos pasos por la geometría, y seguro estoy de que vos sois más bien de mi talante.[13]

---

12 Canto VII.

13 Carta de Blaise Pascal a Pierre Fermat en el verano de 1660. En *Œuvres Complètes*, edición de J. Mesnard, París, Desclée de Brouwer, 1992, volumen IV, p. 923.

En ese matemático juego de memorias instantáneas que es el poema, también Alfonso Canales se detiene, mira hacia atrás con melancolía, percibe el sinsentido de la tarea, de toda tarea, evoca cuentos infantiles (*Ole Luköje*) y concluye que «también los juegos tienen un límite»[14]. Blaise Pascal, y aún más la hermana pequeña, aquella enterrada en vida a la espera del incierto Paraíso, saben eso: que el límite es la muerte, en manos sólo de una gracia divina no merecida nunca. Ahí, toda verdad empieza: la verdad de un animal «perecedero», «pereciente» pues, escribe Blaise. «Perecido» ya, por tanto.

Todo, en el tiempo, está perdido: eso dicta el pecado original. Todo, maldito. Hasta que Dios comparezca. Y, a la voz del geómetra que sueña santidad sólo, responde el escalofrío del poeta ante un prado que es Dios, tres siglos más tarde: «abrigo / mi deseo de Dios entre los párpados, / y sigo tiritando de estar solo»[15]. Porque todos los juegos, todos los laberintos solapados a los que llamamos un hombre, son máscaras poco creíbles de un mismo juego. Mortífero. El que cada cual se ve forzado a entablar con Dios: un sencillo solitario. Y la última tentación mía en él: soñarme «yo». Y ser, con ello, *moi haïssable* de Pascal, «yo odioso»:

> ¿Soy el mismo? El ala
> de un instante separa esto que digo
> de lo que dije cuando dije soy.[16]

---

14 Canto XIV.

15 Canto IV.

16 Canto IV.

«Odioso». Aquel que dice «yo», está diciendo «miento».

•

«Quizás han devorado los ratones / las páginas más gratas de mis libros»[17]. Las han devorado. Seguro. Los ratones son Dios también. Son el tiempo. Con la misma quietud con que es Dios esta hierba, este indiferente prado. Dios que todo nos lo devora y que nada nos revela:

> Decidme dónde estoy. Por favor, ¿dónde estoy?
> No es fácil contestar a esta pregunta,
> porque lo que yo quiero
> saber es dónde estoy de verdad de verdad,
> [y no el nombre
> de este sitio.[18]

Dios responde: silencio. Nada hay tras de los nombres. Nombre no significa. Nada.

Mas, del poeta, ¿qué será entonces? Ahora que sabe, al fin, que los nombres nada significan. Tampoco el propio: «yo», odioso y desleído. Tampoco el nombre del Otro, el único: nombre de Dios, que los rabinos protegían en el blindaje colosal de su silencio, porque ser pronunciado acarrearía la destrucción del mundo. ¿Qué queda, pues, por decir a un poeta, luego que la voz divina resonó y hay ahora su eco sólo, sarcástico y amargo? ¿Qué lengua podría

17 Canto II.

18 Canto III.

abrirse un destino propio en esta selva a la cual los solitarios han llamado «desierto» y que es toda un clamoroso silencio, en cuyas «ramas torpes» zumban alas de «ángeles escondidos tal vez, agazapados / para que no los cace la injusticia / de los que van al campo a comer su merienda»[19]. Ángeles impotentes, en los que nadie ya cree, «ángeles con espadas rotas y con las plumas / mojadas en el fango»[20].

¿De qué hablará un poeta, ahora que Dios ha huido de sus monótonas criaturas? Y desde el primer canto de Canales, viene rodando el eco de aquellos dioses griegos, tras cuyo abandono se lamentaba Hölderlin en 1801:

> Pero llegamos tarde amigo. Ciertamente los dioses
> [viven todavía,
> pero allá arriba, sobre nuestras cabezas, en un mundo
> [distinto.
> Allí actúan sin tregua, y no parece ser que los inquiete
> si vivimos o no, ¡tanto los celestiales cuidan de
> {nosotros!
> Pues no siempre una vasija frágil puede contenerlos,
> el hombre soporta la plenitud divina sólo un tiempo.
> Después, soñar con ellos es toda nuestra vida.[21]

Sólo que ahora, en Canales, no hay ya los dioses, fraternos aunque crueles, que habitaban el prolijo Olimpo de los griegos: gigantes a los que un héroe puede combatir

---

19 Canto III.

20 Ibid.

21 Friedrich Hölderlin: «Pan y vino», en *Las grandes elegías*, edición de J. Talens; Madrid, Hiperión, 1980, p. 116.

espada en mano, y, si no vencer, hacer frente con dignidad al menos. Y, antes de expirar, herirlos. Al Dios de Canales, al Absoluto, al Único, ni espada ni palabra podrían oponerse sin ser por él arrojados al abismo de no ser, de no haber sido, nunca. Por eso el cabalista calla su nombre, aunque lo sepa, aunque crea saberlo. ¿Y el poeta? El poeta también guarda silencio. Aunque no se le oculte que ni siquiera el silencio va a evitarle, esta vez, ser aniquilado. Aniquilado, no vencido a la manera en que vencidos fueron Áyax o Aquiles. Aniquilado, a la manera en que sólo el Dios único resuelve sus querellas irrisorias con estas motas de polvo en la tormenta que se sueñan hombres. «Abrigo / mi deseo de Dios entre los párpados, y sigo tiritando de estar solo»[22].

La belleza es la trampa final que Dios —el inclemente cazador— pone ante aquellos a quienes ha condenado ya a ser sus presas. ¡Ay del que caiga en ella!, ¡ay de todos!, avisa Martin de Barcos, que fue segundo Abad de Saint-Cyran y sucesor de su tío, Jean Duverger de Hauranne, en la guía espiritual de las monjas, aquí mismo. Teólogo y esteta, en igual medida anonadante. Busquemos, en su correspondencia, una carta que el 12 de diciembre de 1674 dirige a Jean-Baptiste de Champaigne, sobrino del gran Philippe de Champaigne y pintor —aunque menor— él mismo. Apreciemos cómo ni siquiera la figura del más grande —y el más piadoso— de los pintores de Port-Royal —de los pintores, sin más, del siglo XVII francés— queda del todo al abrigo de los riesgos que enmascara el arte:

22 Canto IV.

> Los rasgos del pincel, por más bellos que sean en sí mismos, deben ser considerados sólo en la medida en la que sirvan a la verdad y la hagan más presente y viva. Pero, cuando la destruyen y la desfiguran, merecen ser rechazados y despreciados, como esas bellas palabras que no hacen más que mentir y engañar a los hombres.[23]

«Como esas bellas palabras», sentencia Barcos. ¿Qué hay entonces de aquel que escribe? ¿Estará legitimado, al menos, a trazar sobre el papel aquellos signos que sueñan decir verdad y que Platón enseña ser sólo rayas, efímeras rayas, sobre el fluir inasible de las aguas? ¿No son acaso «escritura» (γραφή) y «pintura» (ζωγραφική) la misma cosa para un griego; o, en todo caso, matices, apenas distinguibles, de una misma raíz? Ambas, caras de un mismo juego de niños, a cuenta del cual ejerce su ironía el Sócrates del *Fedro*. Es el arte mentiroso de los tropos, del que la Gramática de Port-Royal busca purificar a la lengua francesa, «porque, no habiendo lengua que use menos figuras que la nuestra, débese ello a que ésta ama particularmente la nitidez»[24].

¿Puede algo, llegados a este grado de exigencia, ser escrito? ¿Ser escrito, sin la armazón del tropo, algo que se aventure a hablar de Dios? Tal es, en el límite, la

---

23 Martin de Barcos: *Correspondance avec les abbesses de Port-Royal et les principaux personnages du groupe Janséniste*, ed. de Lucien Goldmann, París, PUF, 1956, p. 407.

24 *La grammaire de Port Royal*, edición crítica a cargo de Herbert E. Breckle, facsímil de la tercera edición de 1676, Stuttgart, Friedrich Frommann Verlag, 1966, p. 160.

paradoja en la que mora Port-Royal: no hay belleza sino en Dios, Dios es belleza; y Dios no puede ser dicho.

Por eso, cuando el inmenso pintor que es Philippe de Champaigne haya de agradecer al Señor la salvación milagrosa de su hija Catherine, pintará en honor de su Salvador, sí. Pero no un cuadro. Un exvoto que aún deja desarmado al paseante que da con él en su deambular por el Louvre. Y, para que ninguna ambigüedad persista, Champaigne anota, al costado izquierdo de esas imágenes de la orante madre Agnès Arnauld y la yacente Catherine de Sainte Suzanne, la leyenda que es a la vez acto de afirmación en la fe y acto de descreencia en la soberbia del artista. Dedicatoria:

> Al Cristo, médico único de las almas y de los cuerpos. Sor Catherine Suzanne de Champaigne, tras una fiebre de 14 meses que aterró a los médicos por su carácter tenaz y la envergadura de sus síntomas, cuando la mitad de su cuerpo estaba paralizada, su naturaleza exhausta, y había sido abandonada ya por los médicos, habiéndose unido en oración con la Madre Catherine Agnès, en el tiempo de un instante, habiendo recuperado una perfecta salud, se consagró de nuevo. Philippe de Champaigne presentó esta imagen de un tan gran milagro y testimonio de su alegría presente, en el año 1662.

•

Y el poeta español que, tres siglos más tarde, sentado ante la mesa del café, ya en otro sitio y a la espera indolente de un Ricard, pero siempre anclado en el

recuerdo de ese absoluto aniquilador que entrevió tras la cerca del prado verde, bajo la gris borra de las nubes, en la fugacidad del claro azul que se abre súbito paso entre la niebla, ese poeta se sabe en el lugar mismo de Philippe de Champaigne: preso de sus paradojas. Y sabe llegado el tiempo sin tiempo de la melancolía. Se resigna. Reconoce en esa melancolía la clave de la paradoja humana:

> Aquí nadie se escapa
> del disimulo de la muerte: todos
> aparentan arder miles de años.
> Qué lejos ya aquel mundo
> —siena tostada, cruz desnuda, silla
> de anea con un libro, tocas
> negras, reposapiés,
> celaje roto y ocre derramado—
> de Philippe de Champaigne y de su hija
> convaleciendo al sol de Dios, tomando
> baños de gracia.[25]

Y es el momento final de la revelación. El Dios se reconcilia con su obra maltratada:

> … y lo sé todo, y no me odias.
> ¿Es así, Señor, es así tu alegría.[26]

---

25 Canto XIII.

26 Canto XV, final.

SOBRE LAS EDICIONES DE *PORT-ROYAL*

FRANCISCO RUIZ NOGUERA

Tal como advierte el autor en la nota previa a la edición de El Bardo, que sirve de base a esta publicación, el libro *Port-Royal* empezó a gestarse —aunque «quizás fue concebido mucho antes» —en septiembre de 1952 con motivo de la visita que hizo a Port-Royal de Champs.

Cuatro años después, se publica por vez primera, en los malagueños Cuadernos de Poesía, una primera edición que resultó ser parcial ya que solamente incluía lo que en ediciones posteriores será el primer canto (I). Se ofrece en ella información que pone de manifiesto el carácter exclusivo y tipográficamente cuidadísimo de la publicación: «Esta edición de *Port-Royal* consta de 30 ejemplares, de los cuales 15 van sobre papel del siglo *xviii*, numerados a la romana, y 15 sobre papel Ingres Vilaseca, con numeración arábiga». Se cierra, también muy informativamente, con el siguiente colofón: «El 7 de septiembre de 1956, víspera de la festividad del Ntra. Sra. de la Victoria, Patrona de la Ciudad, María Victoria Atencia y Rafael León editaron este número de "Cuadernos de Poesía", en la Imprenta Dardo de Málaga».

Diez años más tarde, hubo un segundo adelanto también parcial: Canales publicó, en el número 128 (noviembre de 1966) de la revista que dirigía Camilo José

Cela, *Papeles de Son Armadans*, «Cuatro nuevos cantos de *Port-Royal*»; fueron los siguientes: «El claro», «La vuelta», «El lecho» y «La espina» (en la futura edición completa de 1968 en El Bardo, se corresponderán con los numerados como II, III, IV y V; con los cual, con esta segunda entrega, los cinco primeros cantos de *Port-Royal* ya estaban publicados). La edición de estos nuevos cantos en *Papeles de Son Armadans* iba precedida de un texto explicativo firmado por el autor (texto distinto al que, dos años más tarde, aparecerá al principio de la edición de El Bardo). Dado su interés en cuanto a la historia de la edición del poema, va aquí reproducido el texto de aquel adelanto de 1966:

> La primera parte del libro *Port-Royal* —fechada en Port-Royal des Champs, en septiembre de 1952— fue publicada por María Victoria Atencia y Rafael León [*Cuadernos de Poesía*, Málaga, 1956], y ha sido citada como si se tratara de un poema completo, cuando, en realidad, sólo era su arranque. El poeta casi estuvo tentado de dejar así las cosas, sin tocar más el tema, por el aquel de que *habent sua fata libelli*. Pero luego ha pensado —como pensaba Mazarino, que no era nada griego— que los hados suelen dejarse cortar a la medida; y ha querido dar a la luz lo que al libro le faltaba, bien que rehecho porque no en balde pasan los años. Estos cantos inéditos constituyen otro anticipo del poema, pronto a publicarse tal como fue ideado en principio.
>
> A. C.

El poema, ya completo con sus quince cantos, se ha editado cuatro veces más: la primera, en la colección El Bardo (1968); y, en otras tres ocasiones (1974, 1994 y 2006), en ediciones no exentas ya que, aunque con texto completo, formaron parte de antologías de la obra del poeta. Así pues —contando aquellas dos primeras ediciones parciales de mediados de los años 50 y los 60—, esta edición que ahora se hace en conmemoración del centenario del autor es la séptima ocasión en que *Port-Royal* sale a la luz. Junto con la aparecida en la colección El Bardo, se trata de la segunda edición exenta. He aquí la relación cronológica de ediciones:

1ª. Alfonso Canales: *Port-Royal*, Málaga, Cuadernos de Poesía, editados por Rafael León y María Victoria Atencia, Imprenta Dardo, 7 de septiembre, 1956, 8 págs. [Edición parcial que incluye el canto I].

2ª. Alfonso Canales: «Cuatro nuevos cantos de *Port-Royal*», en *Papeles de Son Armadans. Revista mensual de cultura*, año XI, tomo XLIII, núm. CXXVIII, Madrid-Palma de Mallorca, MCMLXVI, págs. 183-193. [Edición parcial que incluye un texto explicativo firmado por el autor y los cantos «El claro», «La vuelta», «El lecho» y «La espina»].

3ª. Alfonso Canales: *Port-Royal*, Madrid, Editorial Ciencia Nueva S. L., Colección El Bardo, nº 39, diseño e ilustración de cubierta de Ismael Balanyà, 1968, 56 págs. [Es la primera edición completa del poema, que se abre con un texto explicativo de A. C. (texto distinto al aparecido en *Papeles de Son Armadans*), seguido de los quince cantos definitivos. Aunque la editorial tenía su sede en Madrid, la impresión se hizo en Barcelona (Composición Mecánica Saturno)].

4ª. Alfonso Canales: *Port-Royal*, en *Hoy por hoy. Primera antología*, prólogo del autor, Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Colección de Bolsillo, nº 29, 1974, págs. 91-127. [No incluye el texto inicial en prosa que firmó A. C. en la edición de El Bardo, pero sí los quince cantos del poema].

5ª. Alfonso Canales: *Port-Royal (1956-1968)*, en *Poemas Mayores (1956-1983)*, estudio introductorio de María del Pilar Palomo, Málaga, Excmo. Ayuntamiento, Colección Ciudad del Paraíso, nº 5, 1994, págs. 195-233. [Incluye el texto inicial en prosa (en este caso se especifica la fecha de firma: «enero de 1968») y los quince cantos del poema].

6ª. Alfonso Canales: *Port-Royal (1956-1968)*, en *Ocasión de vida. Antología poética*, edición e

introducción de Francisco Ruiz Noguera, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, Colección Vandalia Maior, nº 22, 2006, págs. 147-180. [Incluye el texto inicial en prosa y los quince cantos del poema].

7ª. Alfonso Canales: *Port-Royal*, introducción de Gabriel Albiac, presentación de José Manuel Cabra de Luna, edición de Francisco Ruiz Noguera y José Infante, Málaga, Real Academia de Bellas Artes de San Telmo, Colección Los Libros de la Academia, 8, 2023. [Incluye el texto inicial en prosa y los quince cantos del poema. Es una edición conmemorativa del I centenario de Alfonso Canales y IV de Blaise Pascal].

Para esta edición de 2023, se ha tomado como canónica la de la colección El Bardo (1968), que se ha seguido incluso en lo relativo a la norma entonces vigente de colocación de las tildes. Se han subsanado, no obstante, algunas erratas evidentes; valgan como ejemplo algunos casos: 'este agua / esta agua', en «II El Claro», verso 48; 'las granos / los granos', en «VII El Amanecer», verso 28; 'La vara que la fuente suscita, acaso nunca rozó la piedra' / 'La vara que la fuente suscita acaso nunca rozó la piedra', en «VIII El rayo», versos 16-18; 'rehuso/rehúso', en «VIII El rayo», verso 28; 'temblos / templos', en «VIII El rayo», verso 40; 'su hilos / sus hilos', en «XV El jardín», verso 16.

•

Alfonso Canales (Málaga, 1923), doctor en Derecho por la Universidad de Granada y doctor Honoris Causa por la de Málaga, además de ejercer como abogado, fue profesor de literatura y director de una galería de arte. Cofundador de las colecciones poéticas malagueñas El Arroyo de los Ángeles y A quien conmigo va. Formó parte del equipo redactor de la revista *Caracola*. Como poeta y traductor, fue autor de una extensa obra por la que recibió reconocimientos como los premios Nacional de Poesía (1965, por *Aminadab*), Nacional de la Crítica (1973, por *Réquiem andaluz*) e Internacional de Poesía Ciudad de Melilla (1979 por *El puerto*). Figura en las principales antologías de poesía española de posguerra. Fue Presidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo de Málaga (entre 1986 y 2006) y miembro correspondiente de la Real Academia Española y de la Real Academia de la Historia, entre otras.

Port-Royal

Este poema empezó a nacer en Port-Royal des Champs y en el mes de septiembre de 1952. Quizás fue concebido mucho antes, pero fue allí, en aquel valle de antiguas lágrimas, donde comenzó a fluir su venero y donde se me manifestó con palabras lo que hasta entonces había sido un vago anuncio.

Las palabras fueron recogidas ávidamente, a lo largo de dos días, sin que acertara a saber qué partido podía sacar de ellas. En 1956 publiqué el primer canto en una edición limitadísima, afrontando el riesgo de no pasar más adelante. Nunca podré saber por qué el breve encuentro con los vestigios del monasterio jansenista siguió urgiéndome hasta obligarme a reelaborar los catorce cantos que habían quedado inéditos. Debo confesar que he luchado por no tocar más aquella experiencia; que quise, sólo hace unos meses, dar el libro por terminado al acabar el canto VII. Sin embargo, pese a tal deseo, he llegado a lo que hoy considero el final del poema.

Es lógico que una elaboración tan larga en torno a una vivencia tan corta se manifieste con disparidades de factura. Pero puedo afirmar que, cualesquiera que sean estas diferencias formales, casi nada ha añadido el tiempo a lo que entonces sentí, a lo que entonces viví y al modo como entonces empecé a entender el sentimiento y la vida.

A. C.

I
EL ENCUENTRO

(4 de la tarde)

¿Es así, Señor, es así tu tristeza?
¿Es así tu descontento de los hombres?
En este lugar, ahora tan verde, ahora tan sólo turbado
[por el vano ladrido de un perro,
se te esperó, se te creyó; cansados
de verte en todas partes, se cerraron muchos ojos.

Y ahora árboles, sólo árboles;
o bruma, sólo bruma.
Y ahora el rumor con el que, acompasadamente, se agita
[el pecho de la fronda.
Y una menuda lluvia triste, triste.
Y nada.
Nada, nada, absolutamente nada.
El perro apenas te conoce;
el árbol aquel
—a cuyo pie el mármol nos dice de qué savia se nutriera—
apenas te conoce.

¿Has querido, Señor, seguir ocultando tu misericordia
a los que no creían en ella?

Me da miedo pensar, Señor, que el límite de tu piedad
[puede estar en la carretera,
que ahora estoy desamparado, entre estos árboles,
tras de esta verja,
entre estas pocas y desmenuzadas piedras…
¡Oh San Cristóbal, San Cristóbal, patrón de los turistas,
protégeme!

Apenas unas señales, apenas unas líneas,
apenas una cruz.
Y el tiempo que se siente huir con un vago zumbido.
Y unos enormes y espirituales mosquitos que,
[imperceptiblemente, se nos posan
[en las manos.
Si miro al fondo del valle,
sólo veo arbustos preparados para un largo viaje:
casi un mundo en el que se dijera que la oración aún no
[había nacido.
Si miro en el fondo de mí mismo,
sólo veo recuerdos amontonados como gusanos que
[trémulamente se agitaran:
casi un mundo en el que se dijera que la oración había
[muerto para siempre.
Y sin embargo, Dios mío, te siento
apostado en las colinas,
rondando la cerca,
como otro perro, rondando la cerca, anhelando entrar,

anhelando escarbar en este huerto sembrado
[de corazones,
estrechar el lomo contra el tronco de este álamo,
[en los nervios de una de cuyas hojas
[he podido leer:
Un jour Dieu cessera d'inspirer les oracles.

Y, en efecto, nada nos revela tu palabra, Dios mío.
El vuelo del pájaro es tan indiferente como el caer sin
[sentido de las hojas:
has dejado este reducto libre de tu presencia,
y ahora sé que hay en el mundo un lugar, en cuyo centro
el surtidor del tiempo mana y mana sin sentido.

Objetos apenas, unos pocos y desmedrados objetos
traducen antiguos pensamientos,
que uno imagina volando en torno tuyo, quemándose
[en Ti, como mariposas.
Esto sirvió para que la carne te sintiera;
esto, para que la pluma te dibujara en signos que
[pretendían vanamente encerrarte.
Y ahora podemos ver cómo te escapas, huyes,
te deslizas por las rendijas de nuestra pobre y
[desolada humanidad.
Ahora podemos ver cómo podrías, si quisieras, dejar al
[mundo sumido en el más irreparable
[abandono,
obligarnos a guardar los cabellos de Dios en un
[guardapelo,

el aliento de Dios en un vaso,
las palabras de Dios en un libro,
para obligarnos a explicar a las generaciones venideras:
hubo un tiempo en el que, por estos lugares, paseaba un
[espíritu hermosísimo,
a quien nuestra lengua llamó Dios por carecer de
[habilidad para un sonido infinitamente puro.

Pero no es posible,
no es posible, Señor, que te encierres en tu cielo,
no es posible que dejes tus templos como frutas
[descarnadas, como frutas consumidas,
[de las que sólo quedan por el suelo unas
[cáscaras resecas,
unas amarillentas mondaduras,
sin ánimo siquiera para abarcar el vacío en su seno...

Y ahora pienso,
no sé por qué, repentinamente pienso:
¿A qué se debe que esta tarde sea precisamente
[esta tarde?
¿Por qué los años estuvieron trabajando incansables,
[para venir a parar en esta hora marchita?
En esta hora triste, triste, triste,
como cubierta por el ala de un pájaro oscuro que
[hubiese volado mucho a través de la lluvia,
a través de esa lluvia triste, triste, triste,
como el amor que se te tuvo, Señor, en este sitio,

donde nadie ha podido saber nunca lo que es adorarte
[entre las amapolas, entre los jaramagos,
allá en el Sur, entre las coscojas de un monte,
desde el cual puede verse cómo la luz de tu sol incendia
[amorosamente los olivos.

II
EL CLARO

(6 de la tarde)

Una gran mancha azul venía
desde el lado de Chartres,
abriéndose camino entre las nubes:
una tronera de exaltada, leve,
dichosa claridad.
¿Llegas?
Ha habido
un momento feliz bajo la oblicua
atención de los cielos
que hacía destellar los avellanos.

Ya no era necesario partir. Pensé que cita y música
podrían esperar,
ya que estaba citado desde mi nacimiento
—incluso desde antes—
con el instante aquel que el brillo deparaba
tan ostensible y puro,
y de un momento a otro sonarían los cánticos
hasta hacer rebosar el odre de los valles,
hasta anegar los árboles, las torres,
hasta alcanzar las cimas lejanas, como espuma

sonora que remonta y que se vierte.
Los campos no avisados,
lejos de Port-Royal, no entenderían
este desbordamiento. ¿Desde dónde
nos llega esta riada de entusiasmo?
Y allá los aldeanos, junto al televisor
y la copa de vino,
podrían pensar que Dios nacía de nuevo.

Mas la luz emigraba,
más desmayada y triste cada vez, y la herida
del cielo
pugnaba por cerrar y restañarse.

(Dentro de veinte años
podré pensar en esta rama rota,
en el cigarro que ahora enciendo y fumo
por hacer algo, por
seguirle el hilo al tiempo
del corazón, del perro y de la lluvia.)

¿Dónde están las mercedes con que alegras
a los que nada pueden por sí mismos?
Los oigo predicar de las señales
que el justo ha de tener. ¿No es la alegría
señal del justo? Angélica, Gabriela,
María Francisca, Inés, ¿no conseguisteis
en los saldos de Dios lograr un corte,
un retal de alegría?

No, no hay
sonrisas que nos lluevan
como esta agua. La sonrisa nunca
es regalo de Dios: ha de acuñarla
la entraña propia: es la moneda con que
trafican los mercados del Altísimo.

Y ahora que el azul ya se ha agotado
definitivamente, ahora
que sólo siguen lluvia y perro y corazón con sus pisadas
gastándome el camino, tengo
ahora
miedo de que se sequen los usuales
veneros de alegría.
Ella puede no estar cuando yo llegue.
Puede que no haya música esta noche,
que se haya muerto el director de orquesta
o afecte una epidemia a las violas.
Quizás han devorado los ratones
las páginas más gratas de mis libros,
aquéllas que aún no puede la memoria
recordar, las que quedan todavía
por leer, las que amo y necesito
que me hablen mil veces a los ojos.
¿Y si los ojos se secaran? ¿Y si
olvidara la mano la caricia?

Pero no he advertido
que cesó de llover. Es ya de noche.

Todas las luces van hacia París. Arriba
se ha abierto un nuevo claro en el que lucen
las estrellas de siempre.
Me palpo y vivo, y me contenta estarme
de pie sobre la tierra
mojada. Y no me importa
que no me espere nadie,
que se me cierren todos los sentidos.
Hago
un esfuerzo, y me nace
una gran mancha azul dentro del pecho.

III
LA VUELTA

(8 de la tarde)

Decidme dónde estoy. Por favor, ¿dónde estoy?
No es fácil contestar a esta pregunta,
porque lo que yo quiero
saber es dónde estoy de verdad de verdad, y no el
[nombre
de este sitio.
Es curioso
que haya vivido tantos años
como si recalara bajo el agua, y ahora
advierta de repente que es posible
horadar la película del tiempo,
asomar la cabeza desde un mar de semanas,
y colocar el pecho sobre un leño podrido
por muy extrañas sales.
¿Ha sido lo lejano de esta tierra,
su lombriz escondida lo que acaso
mordí?
Me he debatido por la arena
de Dios y, no entendiendo, he acusado
a aquéllos que se hicieron muertas conchas,
cóncavas piedras en que Dios derrama
su preferencia, su amistad.

Ahora
pasan troncos fragantes de árboles, perdidas
luces o sombras interpuestas, gestos
por el cristal en marcha donde leves
escamas de dudoso polvo han
clavado los alambres de la lluvia.

Pero no puedo ya sumergirme de nuevo
en el viaje habitual. Yo vine
tan sólo para dar una viñeta
a mi recuerdo de Sainte-Beuve, tan sólo
por ver en dónde se cocieron tantas
secretas y dulcísimas tormentas.
Mas algo hay en esas ramas torpes,
ángeles escondidos tal vez, agazapados
para que no los cace la injusticia
de los que van al campo a comer su merienda:
ángeles con espadas rotas y con las plumas
mojadas en el fango. Quizás sea
que el mío se quedó
con ellos, aguardando
una resurrección de los que tienen
la gloria encadenada a sus tobillos.
Yo me dejé mi gloria, mi bola de esperanza
en un campo de golf donde jugaron
a la copa del Cielo.
Y puede que algún día me la encuentre
en un patio de paz, bajo un racimo
de fe cerrada en la bondad suprema.
Puede también que no la encuentre nunca.

IV
EL LECHO

(11 de la noche)

¡Oh soledad, mi soledad, aroma
de la muerte, naufragio
del contiguo vivir, cuchillo, llama,
que corta, quema el mundo y manos, voces
que el mundo alza como alambres para
tender los paños, las banderas limpias
de la amistad!
¡Oh soledad, presagio
de la tierra movida o de la cal y el canto
clausurados!
La rueca
sigue girando al otro lado de la
cretona distendida como una piel que he puesto
a secar. Y los ramos, las flores no permiten
ver las flores, los ramos en que abejas,
mariposas quizá, se depositan
ajenas a esta caja donde busco
en vano el sueño.
¿Soy el mismo? El ala
de un instante separa esto que digo
de lo que dije cuando dije soy.

Y no hablemos del día: encontré piedras
sobre las que el silencio reposaba,
hojas secas, mojadas por el riego
de las nubes, vibrantes hojas verdes,
instrumentos ajados, entusiasmos
dormidos, humos, lenguas.

¡Oh soledad, mi soledad, la noche
no te abandona, el sueño se derrama
sobre el clamor atenazado! Vuelco
mi tristeza en las sábanas, abrigo
mi deseo de Dios entre los párpados,
y sigo tiritando de estar solo.

V
LA ESPINA

(12 de la noche)

¿En dónde hallar un pájaro que vuele
directamente al Sur, a la bahía
caliente, a los arroyos
de la miel, de los ángeles?
No tengo
sueño, y late con brío
el corazón desconcertado.
¿En dónde
hallaría una ráfaga, una ola
con destino a mis vírgenes transidas,
a los pechos de aljófar, a los bucles
—antiguo precio de un favor?
Dejadme
en paz con los bordados, con las sedas,
con el oro bruñido y las palomas.

Mas he aquí que en la noche
suena como un violín, como un agudo
dardo de aire meneado dulce-
mente. Parece como si estuviera
hecho luz, sobre un lienzo, en una fábrica

de tiempo situado: porque hay horas
que no pueden vivirse en el silencio
del corazón, que se derraman cuando
no encuentran un sonido que las ate.

Fac mecum signum in
bonum. Es veinticuatro
de marzo: pero es
septiembre, y en el césped los amantes
no olvidan que París los necesita,
aunque también llovió en las sucursales
urbanas de la granja
de Dios. *Fac mecum signum*
in bonum. El delgado
aliento del violín se vuelve espina
de otro amor que no ceja.
Sobre el techo
de la *Maison d'Espagne* surge el hilo
de la fábula: sombras que regresan,
un grupo que se para, una cuchilla
de luz que corta el frío. Y el desfile
de las monjas y Blas
Pascal y Margarita
Périer con sus diez años y sus lloros:
«Hermana, ya no creo
que tenga ningún mal». Los cirujanos
confirman con ardor las experiencias
del Puy-de-Dôme: la niña está curada.
¡San Próspero, san Próspero,

asísteme, patrón
de los que gracia esperan, asísteme: no tengo
nada que reprocharte!
Se han caído
los dorados retablos y las voces
sabiamente mezcladas de Orlando y Palestrina,
y los curvos remates de la iglesia,
a la izquierda del Tíber y conforme
se sale de la vía
de la conciliación. Están las cartas
boca arriba.
El violín sigue sonando.
Enrique, Enrique, ¿oyes?
Margarita se ríe, viva. Dios no la deja
llorar. Amigo, huye
de tu cansancio: el tiempo nos convida
al vino y a la piel: Dios está alegre,
y azota con su vara los ojos y las piedras.
Nadie tiene
razón: Él solo sabe
cómo han de arder París y los olivos.

VI
LA NAVEGACIÓN

(5 de la madrugada)

Venecia tiene un mar lleno de anillos,
Roma y Rávena dan
a Dios lo que es de Dios
y al agua
lo que es del agua.
Si yo tiro una piedra en mi bahía,
la marejada azota las Bermudas.
Para calmar las tempestades, prestan
jonases a los monstruos,
cruces a los cangrejos.
Javier, tira tu cruz ahora al océano,
dentro de mí, seréneme la sangre,
señálame la puerta con zumo de las víctimas,
que Azrael no se acerque, que el tornado
de nombre Lilith no se acerque, que
no vengan las milicias
de Luis, con alabardas
y pífanos, con dardos
y cajas, a vestirme de avellano,
a hacer un arriate de mis muros.

Mira, Señor, también yo he hecho todo
lo posible —y un poco
más, tal vez— por mostrarme agua propicia
a tus anillos, tus monedas, tus
piedras y tus profetas y tus cruces.
Puede que lo que falte
en mí sea el animal secreto, el torpe,
sumergido animal que por las sirtes
se muestra con el don entre los palpos;
que todo se lo guarden mis arenas
más hondas, donde viejos
buques podridos atesoran algas
y retorcidas conchas que se juzgan
dignas de que un vaivén ajeno dé
silencio y ademán a la obra muerta.

Ayer tarde te vi, como un escualo
enorme, acariciar nadando el frío
resto
de una tripulación que zarpó con augurio
favorable, buscando una cruz no devuelta.
Ven conmigo, Señor: yo sé dónde está el Cielo.

VII
EL AMANECER

(7 de la mañana)

Perdón, Señor, yo no sé nada. Puede
que si me uniera a todos los que anhelan
saber, averiguara
algo de lo que importa a las criaturas:
por qué tu signo cae
sobre la multitud que peregrina a las cimas buscándote,
por qué un grito de júbilo desmorona las nieves,
por qué hay niños que nacen
ciegos, y dulces pechos que se secan
sin labios. Puede que si todos juntos
levantamos la torre ansiada un día, puede,
digo, que si algún día conseguimos
alzar un alto fuste que los reyes
no puedan abatir, que si podemos
alguna vez montar sobre el cimiento
de la tierra una escala que los ángeles
no pisen, entendiéndonos, clamando
todos la primitiva
palabra fiel que en la humedad se incuba,
nos abras una puerta, una escotilla
para gustar la luz.
Si no estoy solo:

si no he nacido solo y vivo solo y muero
solo. Porque he tendido la mano muchas veces
y no hallé más que arena estrangulada,
montes, ríos de arena, sepulturas
de arena.

¿Y quién, sobre los granos
que uno a uno caen
del cristal al cristal, por la difícil
angostura, edifica un monumento
a Dios?

Pero amanece,
y Jacob se despierta,
y no son sombras: yo, soy yo quien sube
por la escala del tiempo. Me remonto
a la niñez gloriosa, a la ribera
donde, ni en cuadrilla
ni en soledad, ansío
encerrar en un breve
pozo el agua, el designio
y la Palabra: soy
de nuevo un niño, y alzo con arena
—con instantes, con días— un castillo
interior, una morada
de paz, con su corona de guijas y de conchas.
Y ahora espero
que el sol de Dios la habite, que las olas
de Dios me la destruyan.

VIII
EL RAYO

(10 de la mañana)

¿Por qué sigo rumiando el pasto que, hace horas,
en un cercado ajeno probé?
Una gran semilla
yacía enterrada allí, que habían pulido
muchos cansados bueyes con su lengua
dormida. Y era amarga,
pero medicinal. Y era el cimiento
de algo dispuesto a renacer, pasados
los años. Solamente los que tornan
sobre lo que han gustado aprisa pueden
captar su verdadero sabor: pues no sabemos
de las cosas probadas, hasta que el condimento
interior nos las hace
propias.

Ese lugar nunca ha existido.
La vara que la fuente
suscita acaso nunca
rozó la piedra, sino el propio, hundido,
secreto corazón que la impulsaba.

Media mañana es, y aún no es posible
que el cuerpo me responda, que los huesos
del cuerpo se enderecen y se apilen,
dispuestos al combate
diario.
Y en el campo aquel, ya puede
que el grano de amargura lo haya vuelto
a privar de sabor el nuevo día
que rehúso estrenar. Sólo he podido
incorporarme un poco, sólo lo necesario
para que sea la estancia
—este otro cuerpo mío, prestado— quien lo advierta.
Mas todo seguirá
sin mí, como si nunca
yo hubiera estado en ningún sitio, como
si yo no fuera más
que una circunstancia de Dios, no su elegido.

El mismo rayo
de sol que me calienta las rodillas
me une a claustros soñados, a las mansas
penumbras de los templos que hoy se doran
con idéntica luz: la luz de esta
hora. No la de aquélla en que una turba
de secuaces del rey desvirtuaron
un modo de la fe; tampoco la del jueves
pasado ni la del jueves venidero.
Dios atrae hacia sí a los que confían
y a los que desesperan. A nosotros

nos toca el elegir la puerta ancha
o el ojo de la aguja, en el que siempre
hay suficiente luz para orientar el hilo.

IX
LA ROSA

(11 de la mañana)

Cuando se va el verano con su color de fiesta
es como si quitaran la piel al tiempo. Aúlla
de tedio la jauría de las horas,
cuando la tierra atrae
hojas, cabellos, agua
desprendida del cielo, cuerpos que el mes de agosto
señaló con su luz.
Y la esperanza pugna
por aferrarse a un tierno regreso, por sentirse
anclada en lo que fue y en lo que nunca nadie
logrará despertar los caminos de vuelta.
Pero todo es herida, y en todo hay un latido
desabrigado, arterias
desnudas, pequeñísimos
peces puestos al aire, que en las mallas se agitan,
lámparas que se mecen, ecos que nunca logran
paños que los apaguen.

Y si el tiempo no es Dios, ¿quién se mueve en el
[tiempo?
Si el tiempo no es la gracia

de Dios, ¿por qué otro río
subterráneo les llega su agrado a los que moran
en el tiempo? ¿No sirve
nada de lo que hacemos
en el tiempo? Y las frutas
diarias, ¿son tan sólo esplendores de estío
con un gusano dentro, con una larga arteria
dentro, que vive y late y vive hasta quedarse
muda de sangre, al cabo devorada
por su vano silencio?

¿Esa palabra es tuya,
Señor? ¿Tú la dijiste? ¿No oyeron mal Cornelio
y Agustín? Y la espina,
¿no fue un error, un simple
error en la lectura de tus manos?
¿Es que estas manos mías no están hechas
a imagen de las tuyas, para tejer un mundo
del que pueda sentirme satisfecho?

Me he echado a andar, y piso
sobre el suelo que clama
por acogerme, y suenan
mis pasos con la música familiar del septiembre
que ayer se descubrió. Corto una rosa,
y es mía ya. Contemplo
un edificio nuevo, y lo he alzado.
¿Es que cabe la lucha
entre Tú y yo, por lo que cada uno

de los dos ha aportado a la común tarea?
Nada más que una flor tengo en la mano:
Tú la hiciste. Conforme. Pero es mía,
porque no es de la tierra ya. Y entro en tu casa,
sobre tu altar la deposito: tómala.
Haberme levantado esta mañana,
sabiendo que no vale
la pena, haber cortado
una flor para Ti, haberla traído,
después de olerla, a tu escabel, sabiendo
que como ella he de morir, que todo
verano acabará, ¿no es un verano
que yo añado a los tuyos, tan fugaces?

X
LA CITA

(12 del día)

Amor, amor, amor, la savia suelta,
el potro desbocado, amor, al campo,
la calle, el cielo, las ventanas libres,
las puertas libres, los océanos hondos
y los escaparates que ofrecen cuanto hay
que ofrecer al deseo de los vivos.
De los vivos, amor, de los que olvidan
que un día no habrá puertas ni ventanas,
ni potros ni raudales de hermosura
para éstos, estos ojos, estos ojos
donde habrá que engastar unas monedas
—y otra bajo la lengua—, por si acaso
al barquero le sirven o al que busque
sueños de ayer, de hoy, bajo la tierra.
Bajo la tierra, amor, trufas, estatuas,
oro, cántaros, dioses
apagados, amor, tesoros, premios
de la ansiedad.
Amor, dame la mano,
no te conozco, amor, no importa, dame
la mano, amor, no la conozco, nunca

importa demasiado conocerse.
Abre los ojos, no, no puedo, abre
la boca, ¿dónde está tu risa, dónde
se duerme tu palabra? Amor, no tengo
más risa, más palabra: amor.
                Te doy,
a cambio, lo que esperas. ¿Tú lo sabes,
tú sabes lo que espero? Amor, ¿tú tienes
lo que espero? Es amor, amor y el mundo
como está, como es, con estas vías
abiertas, con las cosas
que con amor se hacen, con la gracia
de hacer las cosas con amor, con tiempo
para formarlas con amor, con fuerzas,
aguas de amor para apagar el miedo.

XI
LA LIMOSNA

(1 de la tarde)

Mas cómo, di, mas cómo
poner en ese rostro maldito, en esa ráfaga
de animal expresión, en esas duras
pupilas que anticipan horror bajo unas sombras
interminables, en
esa nariz que aspira el aire —pero
seleccionando lo malsano de él—, en esa boca
donde un color de tierra apunta ya, y en esas
mejillas, dime, en esas
mejillas donde un liquen se apodera, poco a poco, de lo
[que fue rosado panorama del halago,
cómo, di, cómo
colocar una máscara benévola,
tejida con amor.

Cuando en lo inmenso
de las aguas un viento delataba
la presencia de Dios, Dios se veía
en el rizado espejo. Y cada arruga
del azul repetía
su faz. Narciso era

un niño que aguantaba
su respiro al mirarse, pero el alto,
inabarcable Dios quiso emisiones
sin fin, tiradas de su brillo;
no una flor, un corimbo interminable;
no una fuente, una gema
tallada en mil llanuras, para verse.

A veces, los espejos
se comban («La caseta de la risa»:
pasen, pasen. Un niño
ha nacido sin manos
porque su santa madre no podía
soportar esa gota que en la noche
le dice que se va pasando el tiempo. Otro
niño en los ojos
aparenta tener muertos moluscos
amarillos: el padre
apagó su dolor, hace diez años,
abrazándose a un árbol
seco. Pero ese padre,
¿quién es? Estoy mirando
arriba, sí: arriba estoy mirando),
los espejos —decía— se pervierten
en ocasiones: pero, ¿quién los fuerza
a la infidelidad?

Nada sabemos.
Niemals wieder will ich

eines Menschen Antlitz verlachen.
Nunca
aprenderemos el camino. En este
rostro de Dios están sus soledades
eternas, sus torturas de divino
amante. Y desde el rostro
este, desciende un cuello, se dilata
un hombro que podría aguantar el mundo,
un brazo y una mano que me pide
la dádiva. Y le doy
al César Dios lo que es del Dios humano.

XII
LA PAZ

(2 de la tarde)

De pronto surge el grano de alegría,
esa semilla que se moja en savias
interiores, se esponja y aventura
un palpo de verdor. Y existe un aire
fresco que la acaricia, desde el fondo
de un corredor secreto, largo tiempo
cerrado, y lluvias, y unos dedos —sombra
de unos dedos— que invitan y señalan:
hasta aquí has de llegar. Pero no ceja
la esperanza del tallo. Su ternura
se acomoda a las vetas de la carne,
y la roza creciendo, mansamente.
Hay que abonar esta delicia interna,
respirar hondo, acariciar mejillas,
cantar, silbar, danzar sobre la hierba
verde, sobre la cáscara del mundo
propicio y servicial. A cada paso,
Barlaam le dice a Josaphat: no temas,
entiende bien, no quieras todavía
entender; haz, abstente; sueña, vive
despierto. Mas no sabe el que a los ritos

del saber se acomoda y se somete,
sino aquél a quien Dios alumbra y dora
con el gozo. Vivir es debatirse
por promover el don que Dios prodiga;
acechar ese don; librar batalla,
armados con espigas y con flores;
despojar a la muerte de su mueca,
privarla de su forma consabida,
amasada con cal y tiempo y polvo;
dar a la paz cariz de fruto tenso
y maduro, de fruto que se precia
de ser dorada cuenta en los collares
que un hilo interminable ensarta y une
—y unirá, mientras todo se acomode
al argumento establecido— el alto
confín de las estrellas con el pecho
donde hay, de pronto, un grano de alegría.

XIII
EL CAFÉ

(6 de la tarde)

Como en una comedia
festiva, en la que el vuelo de las palabras, libre
ya de las rejas, leves
rejas que urde la acción de los que fingen
vivir, se alza y se despliega y bulle,
en torno a los que buscan,
enfundados en hábitos de dicha,
la ocasión del olvido,
en la terraza
las mil conversaciones se entrecruzan,
rompen contra los toldos
rayados, y se duermen en las pausas del sorbo,
del humo o la caricia.

Aquí nadie se escapa
del disimulo de la muerte: todos
aparentan arder miles de años.
Qué lejos ya aquel mundo
—siena tostada, cruz desnuda, silla
de anea con un libro, tocas
negras, reposapiés,

celaje roto y ocre derramado—
de Philippe de Champaigne y de su hija
convaleciendo al sol de Dios, tomando
baños de gracia. Y, mientras
(yo un Ricard; tú, ¿qué quieres?), una rosa
ajada (quiero amor) por ese mismo
calor divino (traiga
el Ricard; ya veremos, cuando vuelva)
admira el silencioso renacer de las ondas.

Como en una comedia
donde se dicen cosas agradables
de oír, y hay abanicos
de nácar y de seda, joyas, flores y cintas y agremanes,
y los niños quedaron bajo gratas custodias,
y con alivio los enfermos bajo
el efecto probable
de la medicación prescrita —y entre
sus fórmulas los muertos amados, los que nunca
debieran olvidarse—, como en una
comedia (¿y está bueno eso?), pronto se apaga
la ficción, y cruzamos
amables gestos, breves
cumplidos (traiga otro para mí), dadivosas
miradas.

Lo que quiero es este mundo
éste de ahora, hecho
para sentarse en las terrazas: vivo

el corazón; la mano,
el labio, vivos. Y este
Dios que me ama y toma
parte en la acción, sin que sus ademanes
—soplo que bulle, aroma que nos llega,
corazón que nos late, luz, olvido—
perturben la dorada sospecha de que estamos
hechos para un afán que no se apaga
nunca, que nunca nada
ha de ceñir a otros designios. Mira:
la cima del verano; están alzadas las lonas en la cumbre,
y existe amor y paz. Moisés y Elías
se sientan en las mesas vecinas. Como en una
comedia, la enseñanza
se sobreentiende: nadie
se piensa aleccionado, sino activo
juzgador de un regalo cuyo precio,
en parte, dio.
Cuando el verano acabe
del todo, Él lloverá, caerán del cielo
los globos fugitivos, las auroras,
las estrellas fugaces y las plumas
del diente de león. Y aquí los hombres,
con copas en las manos, estaremos
dispuestos otra vez a ser felices.

XIV
OLE LUKÖJE

(11 de la noche)

Gustar estos regalos tuyos, estas bebidas
tuyas que no nos quitan
la sed, los alimentos que nos has dado para
el camino,
todo el ceremonial de la esperanza,
mientras nada se tuerce,
mientras el hilo sigue
tenso, y es fácil caminar con aire
despreocupado, nada cuesta: sólo
importa no poner lodo en las ruedas
del disimulo; nunca,
no dejar nunca en tierra los verdes quitasoles
que en el vacío nos apoyan.
Pero
tienen también los juegos un límite: sentados
sobre una piedra, el pecho
fatigado, hablaremos de lo tristes
que somos, contaremos
palabras o suspiros, y una noche
inmensa se abrirá. Y en la tiniebla
añoraremos una nueva historia

nuevas noticias de otro reino, y nadie
sabrá informarnos, sino Tú, pequeño
anciano de la noche
grande, pequeño Dios hecho a medida
nuestra. Tuya es la cueva
del sueño que parece no acabarse
jamás. Siempre serán tuyos los remos
y el timón de la barca que ha de llevarnos donde
sólo Tú sabes, sonreidor, paciente
Ole Luköje, con tus dos paraguas:
uno
para los que aceptamos dormir, sin discusiones
ociosas, para aquéllos que tomamos
del dormir su apariencia
de pausa; otro para los que quieren
aprender sin amor lo que nos toca
adivinar, y temen,
luchan contra la lluvia y contra el arco,
agazapados bajo oscuras sedas.

Conciliasueños, Fernandillo, Ole
Luköje, Cierraelojo, Cristo
Jesús, que no nos falte
tu Samarcanda, tu Bagdad, tu isla
de Borondón, tu Broceliande, el alto
Castillo de la ida sin regreso.
Somos niños que jugamos
con venenos, agujas y tijeras,
con alacranes y botellas rotas,

con libros y con máquinas. Un ángel
no es suficiente. La verdad tampoco
lo es. Anochezcamos
juntos. Mas disimula
tu presencia en el día, para que crea
que he sido yo quien ha ganado el sueño.

XV
EL JARDÍN

(9 de la mañana)

Cuando el viento camina largamente,
haciéndose oír en las torres;
cuando se ve crecer el amarillo
liquen sobre las piedras;
cuando salta una lágrima en la piel de los frutos,
y las cañas extienden sus brazos
y ofrecen sus axilas llenas de verdes pulgones;
cuando un insecto habita en un cáliz,
y hay una lagartija
entre los blancos pliegues de una estatua;
cuando el olor de las magnolias pudre
el sucio corazón de los búhos;
cuando la miel desborda los arrecifes de la cera;
cuando los gusanos de seda derrotan a las arañas,
e intentan alimentarse con las hojas de los plátanos
y, más tarde, rodear al mundo con sus hilos;
cuando olvidar no es obsequio,
y los vivos estamos gozando de tanta maravilla
[manifiesta;
cuando el rojo coral ordena bosques para que pasten
[los navíos

con velas desplegadas y ron en sus bodegas,
no existirán pantanos ni zanjas, ni la muerte
existirá, ni los dioses agresivos.

No habrá elegidos y desechados:
un alto sicomoro se alzará sobre el desierto,
y en él anidarán aguzanieves, buitres y párpados
[y alondras.
Los cuerpos abrigados en un hilo de oro
imitarán la ceniza de los cántaros,
y nacerá un profeta con un junco en la mano
para saltar los ojos de los puentes.

Así será, Señor, así será tu alto
monte,
el monte del único Dios vivo,
jardín abierto, parque sin otoño.
Ya se habrán apagado las espadas y el rugir ostentoso de
[las nubes.
Será sencillo caminar por las laderas,
nadie sabrá el precio de las flores,
ninguna noche omitirá el brillo de las gemas.
Adorno será el fuego,
decoración los viejos instrumentos del quehacer y
[del tráfico,
referible episodio las tumbas.

Y no creeremos sino en lo que perdura:
la voluntad de Dios ya estará hecha, sin que haga falta

[pedir el pan diario ni trocar el perdón de
[las deudas.
No hablo, no, de doradas edades,
no es el oro la imagen exacta del tiempo abolido.
El tiempo es oro, mas lo que ha de venir, si no miente
[el deseo,
sólo tendrá del metal su clamor de campana.
Hoy aquí, en estos santos lugares ajados,
he soñado en las verdes praderas del cielo.
Con el sol o sin él, ha caído incesante la lluvia,
dichosa, torrencial, como un espejo roto, multiplicado,
[libre
ya de este rostro que me acusa,
de esta mano que pide,
de este pie que se teme
parar.

He entrado en otro
jardín. Está prohibido
pisar sobre la manta del césped. Pero piso,
y Tú te ríes, y me ves altivo llegar hasta este árbol
cuyos frutos, seguro, no se comen.
Mas yo los he mordido, y me tiendo, y aguardo,
y lo sé todo, y no me odias.
¿Es así, Señor, es así tu alegría?

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 7

INTRODUCCIÓN 11

PORT-ROYAL 33

I. El encuentro 37

II. El claro 43

III. La vuelta 47

IV. El lecho 49

V. La espina 51

VI. La navegación 55

VII. El amanecer 57

VIII. El rayo 59

IX. La rosa 63

X. La cita 67

XI. La limosna 69

XII. La paz 73

XIII. El café 75

XIV. Ole Luköje 79

XV. El jardín 83

Colección
LOS LIBROS *DE LA* ACADEMIA

1. José Infante (ed.): Santa Teresa de Jesús: *Nada te turbe. Antología*, Málaga, 2015.

2. Fernando Rueda García (ed.): *El libro del Arte de Cozina en la era de Cervantes*, edición facsimilar, Málaga, 2016.

[3]. José Infante (ed.): Vicente Aleixandre: *Poemas paradisiacos* [1952], edición facsimilar, coedición con Fundación Málaga, Málaga, 2018.

[4]. Elías de Mateo y Francisco Ruiz Noguera (eds.): *Galdós en su centenario, desde Málaga*, Málaga, 2020.

[5]. Elías de Mateo Avilés: *Estudios sobre la Semana santa de Málaga. Episodios históricos, evolución interna de las cofradías y personajes del pasado*, coedición con Fundación Málaga, Málaga, 2021.

[6]. Estrella Arcos von Haartman y Rosario Camacho Martínez: *«Regnavit a ligno». El crucificado de Alonso de Mena y la restauración del patrimonio de la catedral de Málaga*, Málaga, 2021.

[7]. Ángel Asenjo Díaz, Javier Boned Purkiss y Enrique Bravo Lanzac (eds.): *Arquitectura contemporánea en Málaga 01. Diez edificios singulares*, Málaga, 2023.

8. Alfonso Canales: *Port-Royal*, presentación de José Manuel Cabra de Luna, introducción de Gabriel Albiac, edición de Francisco Ruiz Noguera y José Infante, Málaga, 2023.

Otras publicaciones recientes de la Academia

[1]. Sebastián García Garrido (ed.): *Ars & Tecné. Miscelánea homenaje al Profesor Rafael León*, Málaga, coedición con la Universidad de Málaga, 2017.

[2]. Carmen González Román: *¿Antiguas y nuevas historias del arte? Una aproximación crítica a la situación internacional*, Málaga, coedición con la Universidad de Málaga, 2017.

[3]. Javier Boned Purkiss y José Manuel Cabra de Luna (eds.): *El pez en las olas. Veintidós vistas de un Palacio*, Málaga, FYCMA (Ferias y Congresos de Málaga) en coedición con la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo.

[4]. Rosario Camacho Martínez, José Manuel Cabra de Luna y Ángel Asenjo (coord.): *El Ayuntamiento de Málaga, 1919-2019. Cien años en el Paseo del Parque*, Málaga, Ayuntamiento de Málaga en coedición con la Real Academia de Bellas Artes de San Temo, 2019.

[5]. Fernando de la Rosa y Francisco Ruiz Noguera (coord.): *La Aduana, la Academia y el Museo*, Málaga, 2019.

[6]. José Manuel Cabra de Luna (ed.) Ludwig van Beethoven: *Grosse Fuge* / Alfonso Canales & José Manuel Cabradeluna: *Gran fuga*, Málaga, 2020.

[7]. José Manuel Cabra de Luna, Sebastián García Garrido, José Infante y Francisco Ruiz Noguera (eds.): *Certeza de la luz. Homenaje a María Victoria Atencia en su noventa cumpleaños*, Málaga, 2021.

[8]. Pedro Rodríguez Oliva: *Estatua de la Musa de la Escuela de Afrodisias*, Málaga, Ed. Crema, en coedición con Universidad de Málaga, Real Academia de Bellas Artes de San Telmo, Junta de Andalucía y Fundación Málaga, 2021.

[9]. Sebastián García Garrido (ed.): *Los belenes de Pablo García Baena, en el centenario de su nacimiento*, edición con motivo de la felicitación de Navidad, Málaga, 2021.

[10]. Sebastián García Garrido: *Dibujo de línea, síntesis y abstracción*, Málaga, 2021.

[11]. Adolfo Gandarillas: *Jaime Pimentel: escultura pública y monumental*, Málaga, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga (CEDMA), Col. irrepetibles, colaboración de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo, 2022.

ESTA EDICIÓN DE *PORT-ROYAL*,
PUBLICADA EN CONMEMORACIÓN DEL
I CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE ALFONSO CANALES
Y EL IV DE BLAISE PASCAL,
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES
DE GRÁFICAS URANIA DE MÁLAGA
EN EL MES DE SEPTIEMBRE DE 2023,
SETENTA Y UN AÑOS DESPUÉS DE LA VISITA DEL POETA
AL MONASTERIO DE PORT-ROYAL DES CHAMPS,
EN SEPTIEMBRE DE 1952,
Y SESENTA Y SIETE DESPUÉS DE LA PRIMERA EDICIÓN PARCIAL
EN LOS MALAGUEÑOS CUADERNOS DE POESÍA,
EN SEPTIEMBRE DE 1956.

REAL ACADEMIA
DE BELLAS ARTES DE SAN TELMO
MÁLAGA